

## PENSAR SANTA CRUZ DE LA PALMA TO THINK ABOUT SANTA CRUZ DE LA PALMA

ELSA LÓPEZ\*

### RESUMEN

Memoria evocativa de Santa Cruz de La Palma con alguno de sus rasgos e impronta personal.

*Palabras clave:* simbolismo; Santa Cruz de La Palma; Canarias.

### ABSTRACT

Evocative memories about Santa Cruz de la Palma with some of its features and personal mark.

*Key words:* symbolism; Santa Cruz de la Palma; Canary Island.

La pensaba distinta como si no fuera nada suyo. Pero eso fue al principio. Luego llegaron los recuerdos como fotografías color sepia y la ciudad fue cobrando forma; se avivaron los colores de las imágenes y las calles se abrieron como un abanico de posibilidades. Supo entonces que de niña el mundo comenzaba en la cuesta de El Planto y en la cuesta moría antes de llegar a La Encarnación. La isla tenía forma rectangular con casas a los dos lados. Diez casas como mucho. La misma gente siempre. Los mismos amigos, las mismas historias. Con los años la cuesta se fue ampliando. Por arriba llegaba a Las Nieves y a su santuario, y por abajo llegaba a La Encarnación y a su iglesia, demasiado para una niña que lo más lejos que llegaba a ir sola era a la esquina de Dña. Pancha y al monumento que conmemoraba la única maldad del mundo para ella: el pequeño monolito con la terrible inscripción «Aquí murió alevosamente asesinado en la noche del 23 de septiembre de 1906 el ilustre abogado y distinguido hijo de esta ciudad D. Siro González de las Casas». Personaje célebre que había muerto asesinado a cuchilladas en la cuesta que iba de El Planto hacia La Dehesa o venía de La Dehesa a La Encarnación, según fuera la dirección que eligiera. Ese fue su primer miedo.

---

\* Escritora y editora. Dra. en Antropología.  
Correo electrónico: [elsalopez@edicioneslapalma.com](mailto:elsalopez@edicioneslapalma.com).

A ella le gustaba oír la historia una y otra vez. D. Siro había muerto a manos de Manuel Ramos Hernández, *El Chepe*, natural de Argual, en Los Llanos de Aridane, que se dedicaba a trabajar en la caña de azúcar en las fincas que poseía el ilustre abogado. Amores, pasiones, dinero, todo junto formaba en su cabeza infantil un nudo complicado de delirios y pasiones que aún no comprendía. D. Siro había pertenecido a muchas sociedades, destacando La Unión, La Patriótica, siendo también fundador del periódico *La luz* (1886), presidente de la Sociedad La Investigadora entre 1892 y 1906 y director de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Santa Cruz de La Palma. Igualmente perteneció a la logia masónica Idate, número 124 (1891-1896), con el nombre simbólico de *Aristarco*, de la que fue *orador* y posteriormente *venerable maestro*. A través del relato descubrió palabras nuevas: logia, venerable, sociedad, masonería, etc., todavía sin sentido para ella, pero llenas de secretos y sobresaltos al subir o bajar de noche esa cuesta tan plácida, tan llena de juegos y risas<sup>1</sup>.

Luego conoció «La Ciudad», así, con letras mayúsculas, porque así era como la llamaban los amigos y la gente de alrededor. Incluso cuando alguna vez fue de viaje a conocer a unos parientes, allá en el norte de la isla en la comarca de Garafía, la gente decía «la ciudad». «Fui a la ciudad», «compré en la ciudad»..., decían como si Santa Cruz de La Palma fuera un territorio inhóspito y vedado, igual que lo era para ella; un lugar lejano del que solamente divisaba los barcos varados en el muelle sentada en las faldas de la abuela desde la ventana del comedor; un lugar al que arribaban las naves cargadas de comida, maletas, viajeros de otras islas y otros países, cartas de la madre y mercancías misteriosas. La ciudad eran casas en la lejanía y otros niños encerrados en ellas, esperándola. «No vayas sola a la ciudad». «No se te ocurra bajar sola». «Hay mucha gente, un barranco muy peligroso, desconocidos...». Los desconocidos era lo peor para la niña que luchaba con el recelo y las ganas de conocer aquel mundo clandestino y extraño. Así era. La enigmática ciudad tenía olores definidos, definidas costumbres, definidos personajes. Ella oía contar historias sobre esos olores, esas costumbres y los personajes que caminaban por sus calles. Todas esas habladurías alimentaban su imaginación y hacían crecer sus ganas de llegar al mar y saber de todo aquello por sí misma.

Creció y un día fue sola a La Alameda. El quiosco de Dña. Lola tenía su historia, sus incógnitas, y el sabor ya conocido de los caramelos que se derretían en la boca y se estiraban hasta más allá de la cabeza y hasta donde le permitían los brazos. El tío le traía del quiosco pirulines rojos y pequeños

---

<sup>1</sup> Sobre las biografías de Siro González de las Casas y Manuel Ramos Hernández, véase: PÉREZ GARCÍA (1985-1998), v. II, pp. 101 y 192-193.

merengues encerrados en un cucurucho de papel marrón y ella quería saber cómo era esa plaza, ese quiosco y ese regusto a hacer algo prohibido: bajar sola hasta llegar al barco y a los dulces. En el parque donde vendían el paraíso había un cine y en el cine proyectaban el mundo en colores. *Blancanieves* y *Dumbo*, por ejemplo. Fue su primer cine en la ciudad. *Blancanieves* fue su primera película acompañada de un primo un año mayor que ella. Aquella vieja desgredada removiendo un enorme caldero de manzanas envenenadas fue su segundo miedo.

Con los años, la ciudad se fue haciendo cada vez más suya; las calles se fueron acercando y pudo pasear por ellas de la mano de sus tíos, Juan José y Maruca. Calles empedradas, casas enormes con los balcones más grandes que ella hubiera visto nunca. Cristaleras alargadas enfrente del mar, macetas, butacas de madera donde se sentaban señoras muy gordas con medias hasta la rodilla, señores con puro y cara de pocos amigos observando con el ceño fruncido a las gentes que se atrevían a mirarlos a la cara, jaulas con pájaros, palomas en las azoteas dentro de los palomares y ropa muy blanca en los tendedores. Recuerda La Recova, el puente sobre el barranco de Los Dolores, y una calle estrecha y oscura con campanario. Poco más. De allí no pasaba.

Cuando comenzó a ir al colegio de La Palmita tenía seis años. Cree, porque hizo cuentas y antes estuvo en la escuela de sus tíos en Mazo y en el año 1949 el tío Juan José los llevó, a su primo Ramón y a ella, a ver correr la lava de un volcán, el San Juan, en el barrio de Las Manchas, en El Paso. Caliente y con mucho ruido vio cómo bajaba aquel río de lava hirviendo como una tromba de fuego corriendo a sus pies y vio cómo se llevaba arrastrando una casa y cómo gritaba la gente y cómo lloraba todo el mundo. Eso lo recuerda muy bien y sabe la fecha de entonces y que luego volvieron a casa de la abuela en El Planto y a ella la mandaron a la ciudad al colegio de La Palmita. Era enorme el colegio. Demasiado grande para ella. Y se enfermó. Estuvo enferma mucho tiempo y luego le contaron que las monjas les habían pedido a las niñas que rezaran para que no se muriera. Era la difteria y ella era flaca y triste. Pero se curó y volvió a las clases, al uniforme gris y a otras niñas vestidas iguales con los mismos calcetines blancos y unos libros que pesaban mucho y donde no encontraba el consuelo que ella buscaba por todas partes.

Una vez llegó sola hasta el puente que cortaba en dos la calle Real. Y otra vez vio bajar el agua por el barranco de Las Nieves y no pudo ir a clase porque bajaba tan fuerte que no pudo cruzarlo. Desde la cuesta que asomaba al barranco, el Barco de la Virgen, varado allí desde antes de nacer ella, parecía que iba a salir navegando en cualquier momento transportado por el agua. Y allí se quedó sentada con los libros apretados contra el pecho soñando con un

viaje que la llevaría mar adentro y la devolvería a África y a los brazos de su madre. No tenía temor. Ninguno. Los mayores que se arremolinaban a su lado hacían comentarios, exclamaban desventuras y parecían alarmados por el agua que había hecho correr tantas piedras. Miraban a las cumbres y daban suspiros. Ella pensó que sería maravilloso ser remolcada por aquel torbellino de ramas y espuma. Lo mismo que había imaginado el día que su tío la llevó a ver la lava del volcán de San Juan deslizándose montaña abajo con árboles, casas y animales.

Luego creció y se fue a Gran Canaria, otra isla más grande que la suya. La Palma iba trepando por su alma a golpes de nostalgia. En el internado de Tafira, Santa Cruz de La Palma se ensanchaba en su imaginación. Los domingos, cuando las demás niñas se iban a sus casas, ella se quedaba sola con las monjas en aquel edificio de largos corredores y patios inmensos. Acostada en la cama mirando el techo o paseando por los patios de cemento, se imaginaba caminando por la calle Real, una calle gigantesca con casas de puertas muy altas con aldabas de bronce en forma de garras o manos o cabezas de león. Cerraba los ojos y las puertas se abrían y dentro había patios con fuentes y flores, grandes helechos colgantes y muchos peces rojos en el fondo del agua y, si levantaba la cabeza, se veían puertas y pasillos alrededor de los patios, arcos de madera y vidrieras de colores tapizando los techos. Recordaba las casas, los balcones de la avenida, las olas rompiendo en el malecón, el olor a salitre y lo enormes que le parecían los barcos atracados en el muelle.

En el patio del colegio del Sagrado Corazón. En Tafira, había una virgen de mármol y ella se sentaba en el banco que había debajo y se quedaba quieta, horas enteras, recordando esa avenida que bordeaba la ciudad y a las gentes que iban y venían por ella entrando y saliendo de casas y comercios. Reproducía sus rostros y sus nombres. La mayoría eran amigos de la familia. Elías Santos Pinto que hablaba siempre de música con Juan Fierro que le respondía con historias de viajes y museos por descubrir; Luis Cobiella explicando el porqué de cosas que ella no entendía; su tío Juan José Gómez, el maestro de El Planto, irónico y alerta a las cosas de la política y los riesgos del poder. Se reunían en casa de Luis Cobiella y allí se escuchaba música, un piano, las voces en latín, romances en lengua medieval y otras muchas maravillas que le llenaban la cabeza y la hacían crecer y multiplicarse<sup>2</sup>. Pero eran solo recuerdos felices. Ahora estaba sola, aislada casi siempre en esos domingos del invierno.

En verano volvía a casa, a la casa de la abuela, al refugio caliente de la abuela. Y allí pasaba los veranos subiendo y bajando del mar a la casa, de la

---

<sup>2</sup> Consúltese sobre este tema: POGGIO CAPOTE (2020), pp. 119-130.

casa a la ciudad, al cine, a la playa del muelle, a los paseos por la avenida Marítima y a la adolescencia anidando en ella. Un día viajó más lejos y se fue a Madrid a encontrarse con otra ciudad, otro mundo por el que navegar. Y ya nunca volvería excepto en los meses de vacaciones. Año tras año, fue creciendo y recordando, comparando las ciudades del mundo con la suya; la única ciudad que tenía cuerpo y alma para ella; que tenía vida propia, luz propia, lenguaje propio, y nada se le parecía: Santa Cruz de La Palma. Su altura era la altura ideal, sus casas la arquitectura perfecta, sus calles empedradas, las mejor diseñadas, las más hermosas. Y cuando el poeta José Hierro visitó la isla, muchos años después que ella se la descubriera, dijo que había tres ciudades que eran las más bellas del mundo: Cartagena de Indias, Vegueta en Las Palmas y Santa Cruz de La Palma. Después de él hubo otros muchos escritores, directores de cine, músicos y pintores que la conocieron, la pintaron y escribieron sobre ella: Antonio Gala, Francisco Brines, Fernando Delgado, Víctor Erice, Juan Manuel de Prada, Cabrera Infante, y un largo etcétera que dieron buena fe de ello.

Pero eso merece un libro aparte que escribiré un día. Ahora solo sabe que ama esa ciudad, que ha construido un mapa interior con calles, nombres, casas y seres especiales que caminan por ella; que la ha construido en su interior a base de memoria, registros de voces, personajes y lugares, y sabe, a ciencia cierta, que tiene amigos en los bares donde toma café cada día; que puede ser ella misma sin tristezas antiguas y que el mar la ha devuelto a su origen, ya para siempre.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- PÉREZ GARCÍA, Jaime (1985-1998). *Fastos biográficos de La Palma*. [Santa Cruz de La Palma]: Servicio de Publicaciones de la Caja General de Ahorros de Canarias. 3 vs.
- POGGIO CAPOTE, Manuel (2020). Materiales biográficos de Santa Cruz de La Palma (tertulias culturales). *Crónicas de Canarias*, n. 15 (Las Palmas de Gran Canaria), pp. 119-130.

*Cómo citar este artículo / Citation:* López, Elsa. «Pensar Santa Cruz de La Palma». *Cosmológica*, n. 1 (Santa Cruz de La Palma, 2021), pp. 23-27.

Fecha de recepción: 4 de febrero de 2021

Fecha de aceptación: 16 de junio de 2021

